

Giovanni Quessep,

el poeta que espera con Merlín bajo el espino blanco

Juan Felipe Robledo

Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá

Resumen

Este trabajo plantea una revisión de temas relevantes en la poesía de Giovanni Quessep como el dolor y la belleza, la culpa y la expiación y la búsqueda del jardín (reino simbólico) que esconde una verdad: una verdad que el poeta pretende develar. Por otra parte, se rastrean los elementos clásicos y de origen árabe que tienen fuerte presencia en su propuesta estética.

Palabras clave: poesía colombiana, dolor, belleza, mundo árabe, mundo clásico, jardín simbólico.

Abstract

This paper revises outstanding topics within the poetry of Giovanni Quessep such as pain and beauty, guilt and expiation, the search of the garden (symbolic kingdom) that hides a truth, a truth that the poet attempts to reveal. On the other hand, it studies the traces of the classical elements and the ones of Arabic origin which have a strong presence in his aesthetic proposal.

Key words: Colombian poetry, pain, beauty, Arabian world, classical world, symbolic garden.

La poesía de Giovanni Quessep se distingue por una conciencia de la escritura como camino de purificación. La convivencia de elementos retóricos modernistas y de la tradición árabe –que en el caso de Quessep revisten una dimensión biográfica– es decisiva en la construcción de una poética donde confluyen elementos clásicos y contemporáneos. Elementos

Recibido en marzo de 2009; aprobado en mayo de 2009.

que crean un estilo inconfundible, mucho más cercano a la experiencia cotidiana de lo que sostiene alguna crítica sobre su poesía, y que permiten una relectura de las fuentes textuales y culturales que animan su obra. Una aguzada conciencia moral y una visión crítica frente al mundo contemporáneo se constituyen en ejes decisivos para acercarse a la lectura de algunos poemas, tomados en su mayoría de *Muerte de Merlín* (libro fundamental para entender la visión estética y ética del poeta de San Onofre, verdadero clásico de la literatura colombiana). “Encantamiento”, poema incluido en *El aire sin estrellas* (2000), puede abrirnos los ojos a la comprensión de la verdad medular que se esconde en la melancólica y afirmativa belleza de sus versos:

1
 Dame, por fin, dolor,
 la virtud y la ciencia
 de hallar en tu tejido
 mis horas de alegría.
 Voy por hondos jardines, y en el hilo se abre
 la encarnada tiniebla de la rosa.

2
 Me perdí en un lugar del paraíso.
 Si quieres rescatarme
 ven sin espada, sólo
 con un ramo de lirios
 para la encantadora,
 de los lirios que crecen
 en el más hondo infierno.

(“Encantamiento”, 2007: 350)¹

El dolor, como fuente de sabiduría –conocimiento asumido que permite que virtud y ciencia existan en el corazón del oficiante de ese ritual que es, en últimas, la escritura de poesía– y el símbolo de “la encarnada tiniebla de la rosa” –la misma del Dante y Shakespeare, de Donne y Jayyam, de Blake y Borges, de Greiff y Carranza– retornan para ofrecer una manera de permanencia que es sosegado reposo hecho verdad a través de la experiencia ascética que descrea de la violencia. Esta experiencia pide al dolor

¹ Trabajaremos en este ensayo con la edición de la obra completa de Quessep titulada *Metamorfosis del jardín* (2007), publicada por Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores.

que venga “sin espada”, aunque sí con “un ramo de lirios [...] de los lirios que crecen/ en el más hondo infierno” (350), reconociendo que toda gran poesía es una forma de haber asumido el infierno, la culpa y la expiación en un tortuoso camino cuyo nombre es belleza. Dolor que hace posible la belleza y puede dar también la alegría del canto del ruiseñor, que salva del olvido.

Así, el mar color de vino y la isla de piedra imán, el extranjero que busca a su Claudia por el castillo penumbroso y Merlín hechizado bajo el espino blanco, los tigres y pájaros en la noche misteriosa, todos ellos son poderosas imágenes concitadas por la poesía de Giovanni Quessep. En sus poemas nos sentimos habitando el mundo visto con nuestros ojos mortales, pero, igualmente, otro distinto: es Garcilaso llegando con su Elisa al cielo de la eternidad sin haber abandonado del todo este mundo, sus ríos y verdes collados. El poeta cincela los versos, y la distancia que hay de la realidad al deseo, el dolor que acompasa sus días, es un conjuro que da alado esplendor a sus palabras: “Y vendrían otros bienes y otros males/ en la sabia, celeste noche oscura/ a decir que en el arte de las letras finales/ es bella la canción y amarga su escritura” (“Ars amandi”, 306). La vida del poeta –salvada merced a su canto– encuentra el país habitado por la maravilla, y sus palabras –forjadas con paciencia y marcadas por un profundo conocimiento de la tradición–, le permiten buscar entre los oscuros pliegues de la existencia la verdad oculta sólo develada por el canto y que le convierte en una suerte de sacerdote cuyo deber es la preservación de un orden primordial: forma de conocimiento a la que aspira siempre la creación poética.

Biblos y Babilonia, el lapislázuli amado por los modernistas –que en la poesía de Quessep tiene una dimensión familiar y cultural no sólo extraíble de su propia genealogía– y los jeroglíficos, los pájaros, así como el mar color de vino, nos hacen pensar que la intemporalidad de su canto está orbitando en la misma constelación del universo poético de Rubén Darío, y, en cierto modo, sus versos así nos lo hacen saber. Mas convive con esta evidencia la profunda raigambre de la influencia del mundo de la cultura árabe y la connatural familiaridad de Quessep marcada, desde su temprana infancia, por el recuerdo de su padre y el mundo abandonado por la familia en Oriente Medio, con los símbolos y la imaginería de la gran poesía árabe. Así, en palabras de Nicanor Vélez en prólogo a *Metamorfosis del jardín* (2007):

En primer lugar, lo que aleja a Quessep de muchos de los poetas modernistas es su propio sistema de representaciones: sus fuentes son diferentes y los resultados son muy distintos. Muchos de los elementos que para los modernistas entraban dentro de su gusto por lo exótico y lo lejano, en Quessep son elementos cotidianos: en el patio de su casa de San Onofre había un aljibe (no ajeno al mundo árabe y su literatura y a la poesía mozárabe) y un almendro; los jardines fueron siempre una pasión familiar (en la hacienda La Victoria de José Quessep, que luego fue de su padre, había un gran jardín de rosas; sin olvidar que el origen del jardín, como veremos más adelante, está en Persia); el azul (que muchos asocian al modernismo, en Quessep es consustancial al origen de su familia paterna: la palabra azul viene de lazaward, “lapislázuli”, piedra azul, también de origen persa; no sólo el azul fue el color del luto árabe, explícitamente está en dos de sus poemas, sino que además el lapislázuli es la piedra emblemática de Líbano, así como la esmeralda lo es para los colombianos; Biblos (que parece otro exotismo, en absoluto lo es; aparece en los poemas como un referente claro de la procedencia de su familia, aunque es verdad que aquí se trata de una cuestión simbólica, ya que es una de las ciudades más antiguas de Líbano y por eso la escoge como un referente reconocible, pues un lector normal difícilmente identificaría el nombre de Baib, que es el pueblo de donde realmente procedía su familia) y, para acabar esta enumeración parcial, el mar del color del vino (claro que es el vinoso Ponto de Homero, pero también es el mar de Líbano: el Mediterráneo) (Vélez, 2007: 25-26).

Tal visión interpretativa, que rastrea las fuentes textuales y vitales de la poesía de Quessep no solo en referencias literarias, sino preguntándose por su dimensión cotidiana y puramente familiar, amplía el espectro de lectura de la obra de este poeta y nos permite leerlo con otra óptica. Por otra parte, es cierto que la visión del mundo de Quessep está teñida por un profundo desengaño, una cadencia sugestiva y lejana que le da su particular inflexión y espíritu. Él no escribirá los marciales acordes de la “Marcha triunfal” de Darío: la melodía que le anima debe mucho al espíritu intimista de la gran poesía italiana, la de Petrarca y Cavalcanti, así como a la tradición castellana, que encuentra en la décima, la octava real y las entrañables formas métricas, un universo expresivo pleno de música. Esta poesía es, de alguna manera, la constatación de una pérdida, de estar buscando siempre un reino perdido. Por ello la necesidad de poner un antifaz sobre el rostro se convierte en la constatación del deseo de un reencuentro

y, al mismo tiempo, en una resignada manera de habitar en el mundo, salvándose merced al poder de la creación. Así, en el poema “Antifaz”, del libro *Muerte de Merlín*:

Quien vive es el que oculta
 mi rostro, quizá siempre
 tenga yo el antifaz, tal vez mi alma
 no sea sino un espacio
 vacío, donde crece
 lo que he perdido, lo que nunca
 vieron mis ojos. Pero, entonces,
 ¿quién mira las estrellas,
 quién el jardín, el agua?
 A solas y en silencio
 conservo esta penuria
 de no ser la leyenda que me sigue,
 y no saber si soy
 el que ha inventado el día de su muerte.

(“Antifaz”, 236)

La penuria de no ser la leyenda acompañará al poeta en el exilio del mundo, pero es en el canto donde puede buscar nuevamente la salvación. En uno de sus libros más importantes, *Muerte de Merlín* (1985), se traza el recorrido que lleva a decir al cantor en el poema final:

Entre bosques el reino ha concluido.
 No tiene sino puertas con herrumbre.
 El sortilegio era falso, los encantadores
 yacen bajo el espino blanco.
 Sin embargo –para quien pueda ver
 a través de sus párpados de escarcha–,
 existe un rincón desconocido
 que brindan la constelación y la rosa.

Aquí el laurel no habita
 sino el veneno azulado de la mandrágora,
 y el tiempo guarda sus libélulas
 para dorar los ojos de los muertos.

(“Muerte de Merlín”, 243).

Las libélulas que doran los ojos de los muertos son acaso una imagen de la labor iluminadora del poeta, quien, con sus versos, da sentido incluso a la muerte al fin del encantamiento. En un reino de magia y música, Quessep intenta definir el derrotero de su oficio. Emerson dice, hablando de poesía: “pídele la forma al hecho”. En los versos de Giovanni Quessep se ha cumplido este aserto, que lo ha llevado a escribir un mundo de aire y luz, de encanto rumoroso y cadencias simétricas, para dar cuenta de una realidad espejeante y misteriosa. Salvación por el canto, vislumbre de una muerte que planifica, defensa exaltada del valor de la maravilla, son estas algunas de las claves que permiten acercarnos a esa música infinita: versos cargados de una lección de verdad poética y hondura existencial.

En un poema definitivo para la comprensión de la naturaleza del oficio del poeta (también incluido en *Muerte de Merlín*), descubrimos claves comprensivas que deciden la partida en torno a la relación del creador con el mundo de la historia, la leyenda y el sentido de la duración como muerte encarnada:

Aquí tenemos todo,
la luz que viene del amor
y el patio de amapolas;
mas el destino es tan oscuro
que nada conocemos todavía.
Por eso vamos al castillo
en busca de la cámara encantada
para dejar la vida
por lo que aún sigue siendo una sombra.

(“Caballeros andantes”, 201)

Buscar la cámara encantada, “dejar la vida/ por lo que aún sigue siendo una sombra”, es una actitud de aparente desprecio por la vida conquistada con el esfuerzo diario, pero esa secreta existencia en la cámara encantada de los caballeros andantes –marcados por la satisfacción de tener la luz que viene del amor y el patio de amapolas– determina una visión de asombro ante la realidad. Adam Zagajewski dirá: “Danos el asombro y una llama alta, clara” (“Una llama”, 2005: 63), y es ese asombro el que marca la poesía de Quessep, su irrenunciable voluntad de dejarse traspasar por una luz que nace de un sitio recóndito donde los símbolos marcan la vida del hombre y lo hacen abandonar su cotidiano transcurrir para soñar con un

mundo que se hace realidad en el poema². Este ir “al castillo/ en busca de la cámara encantada/ para dejar la vida/ por lo que aún sigue siendo una sombra” (2007: 201) puede encontrar en la poesía de Quessep una de sus posibles encarnaciones en forma de un viaje que hace posible el canto, “canto del extranjero”, búsqueda de la amada lejana, de un mundo que vive en el rumoroso espacio del ensueño. Reyes Peñaranda sostiene en este sentido que “hay que situar uno de los polos de atracción más constantes en la obra de Quessep, la presencia de una figura amada, que es dispensadora de dones [...] fuente de vida y dicha [...] es ella un misterioso y desnudo ‘Tú’, sea Claudia, o un hada o Violeta, en todo caso habitante de la torre, dueña de la clave, guardiana del secreto y hacedora del milagro” (Reyes Peñaranda, 1993: 33).

Merlín espera, dormido por siglos bajo el espino blanco, para desencantar a Britania y conseguir que el reinado de Arturo regrese, y con él la justicia, el valor, la belleza³. Acaso la poesía de Giovanni Quessep pretenda, convocando la imagen del encantador, guardar bajo sus ropajes de maravilla la sorpresa y el poder de convocación de una palabra que debe esperar bajo la tierra y en la gruta (palabra vivificada bajo el espino blanco) a que nuestros corazones y mentes vuelvan a encontrar el poder misterioso de una palabra que es canto y cuento, que jamás traiciona. A esta poesía tan suya, tan única, debemos el regreso del reino encantado a la poesía colombiana que es, también, la gran patria de la lengua española.

² Óscar Torres Duque ofrece una lectura de este poema, que es de una sugestividad enorme en el sentido de la percepción de la poesía como perduración en el canto que nos hace inmortales gracias a la creación. Sostiene Torres Duque: “En todo caso, lo que dura es siempre ruina, muerte encarnada, pero la ruina es memorable, la muerte es inmortal, y de ahí la seguridad del poeta y sus personajes, mutuamente representados, y de ahí que el tono elegíaco que pareciera adquirir el canto por la conciencia de la muerte, sea ante todo un tono épico: ‘Por eso vamos al castillo/ en busca de la cámara encantada/ para dejar la vida/ por lo que aún sigue siendo una sombra’. Son los versos finales de ‘Caballeros andantes’ [...] cuyo solo título ya basta para corroborar esa proyección épica tradicional que le da Quessep a la figura del poeta. ‘Lo que aún sigue siendo una sombra’ es un mundo inexistente por el que se da la vida, como la muerte que ‘dura’ es toda la realidad del poeta, ‘lo digno de ser cantado’” (Torres Duque, 1992: 43).

³ *Muerte de Merlín*, publicado originalmente en 1985 por el Instituto Caro y Cuervo, es considerado en este artículo el poemario que articula la visión de la poesía de Quessep como salvación en la resignada constatación de la pérdida del paraíso. Detenerse en la lectura de este libro y en la reflexión en torno al símbolo de Merlín esperando bajo el espino blanco la salvación de Britania y el regreso de Arturo, es una de las claves que permiten considerar el hecho creativo como salvación en la resignada conciencia de la pérdida de la inocencia e invitación a dejarnos habitar por el rumor del canto con su poder salvífico. Allí reside el carácter decisivo de la interpretación en este artículo de varios poemas de *Muerte de Merlín*.

El anacronismo y la lejanía que parecen distinguir la poesía de Quessep pueden ser leídos en una clave distinta si nos acercamos a sus poemas desde la perspectiva de la autenticidad y búsqueda de una verdad humana trascendente: una piedra de toque cuyo lenguaje poético nos permite huir de lo efímero y superficial, afirmando el horizonte de una creación afianzada en su propia verdad esencial, una que jamás trafica con el comercio vulgar y romo de la actualidad tediosa. Mutis Durán lo indica de manera rotunda:

Aunque siempre se ha admirado su poesía, también ha despertado incompreensión o simplificaciones, o interpretaciones disímiles (...) Se le ha reclamado su mundo de hadas y el darle la espalda a un país victimario de sí mismo. Jamás se ha movido para defenderse. Jamás ha juzgado a quienes lo juzgan; tampoco ha juzgado al otro. Precisamente contra esta palabrería ha escrito su obra. Escapar de la urgencia del tiempo, de un tiempo atroz y envilecido, para darle forma a lo que tan gravemente ha destruido en nosotros: un tiempo humano en donde oír al hombre, una voz honda y bella, como un espejo que no miente, una palabra forjada en la verdad de una cultura que dramáticamente nos abandona, una voz que nace en el enfrentamiento consigo mismo. Quessep es mucho de lo que nos falta. Si es ajeno al tiempo que como tempestad vivimos, es culpa del tiempo, que a tanto le ha dado la espalda. Hoy, el único crimen de un poeta es la banalidad (Mutis Durán, 2009: 18-19).

¿Cuál es el secreto que el poeta nos invita a descifrar, cuál la cifra de su canto? En esta pregunta se pone de manifiesto buena parte de la tensión expresiva que recorre la poesía de Giovanni Quessep, en la manera dual –simultáneamente críptica y llana, moderna y anacrónica– que distingue su visión del hecho poético y la propia corporalidad textual de buena parte de su obra. ¿Es posible descubrir una clave que nos abra las puertas de una ciudad sitiada en la que se encuentra un secreto bien guardado, suerte de encantamiento que dice aquello que no está dicho en la propia textura de los versos, código que debe ser descifrado, nombre último de la amada que no se dice sino en susurros, secreto decir de Dios que es, también, olvido y silencio? El cuerpo que pasaba entre los árboles y el polvo en nuestras manos, la ceniza (acaso lo único que resta del jardín en verano) convocada en un poema como “Metamorfosis del jardín” (235)⁴, esa resignación que

⁴ “Del jardín en verano/ nos queda la ceniza,/ apenas ese abismo/ desde donde no vemos sino tréboles blancos.// A pesar de la muerte/ alguien canta a un país desconocido,/ acaso sea su duelo

nos impide soñar la estación que dura, así como la dolorosa conciencia de la fugacidad y la eterna devoción por el canto potenciada por la propia manera de saber que todo será polvo, todo ello son algunas de las evidencias que este poeta tiene entre las manos. Son su manera de decirnos que casi todo se perdió en un tiempo perdido, pero que hay un secreto intocado que permanece en un centro de fuego. El ideal de reconciliación de los opuestos, del cielo “donde los pájaros adoran la mirada del tigre” (“Lectura de William Blake”, 234), y la felicidad que se disfruta “a pesar de la muerte”, “aunque la ruina amenace las puertas de mi casa” (234), es la conciencia del creador que sabe que su tesoro último, “el secreto de mis palabras”, le permitirá habitar en el tiempo, a pesar del corrosivo poder de la disolución, del que lo libra el poder del poema que se ha conquistado en medio del tráfago de los días. Así, el poeta dirá:

Estoy feliz, a pesar de la muerte
que me acecha desde las araucarias,
mi alegría proviene de otro cielo
donde los pájaros adoran la mirada del tigre.

Tigre, tigre, quemante joya
en las florestas de la noche,
¿qué hada se ha posado en tus ojos?,
¿qué jardín en tu piel de luna manchada?

Estoy feliz, aunque la ruina
amenace las puertas de mi casa;
nadie podría detenerme, nadie
que no tenga el secreto de mis palabras.

(“Lectura de William Blake”, 234)

Esta conciencia de la disolución y la ruina está dicha sin estridencias: no hay desesperación en el poeta, sino un canto trenzado: música de alas, bálsamo, dilución del acíbar, llama que no quema, música callada que desea encontrar en el universo de la sugerencia su definición esencial. Estas sugerencias rítmicas nacen, en buena medida, de los postulados del moder-

la ventura,/ aquel destino que nos fuera negado.// Todo es ya polvo en nuestras manos,/ canción: no busques ya ni esperes;/ tengamos la libélula/ y no soñemos la estación que dura.// El jardín sin escalas/ guarda bienes y males,/ mas, ¿no había aquí una primavera,/ un cuerpo que pasaba entre los árboles?” (“Metamorfosis del jardín”, 235)

nismo y de la visión de una poesía pura, pero también son encarnación de la tradición del mundo de la poesía árabe (la misma que ve en el azul el color del luto) y de la gran poesía de Dante y Petrarca. Fuentes textuales activadas por una dimensión interpretativa que hace de la voluntaria asunción del anacronismo un principio iluminador de la creación: un anacronismo consciente, una forma de permanencia en un lenguaje que no acaba de ser el lenguaje de su tiempo. Potencias estas animadoras, en verdad, de la obra de Quessep y que la sitúan en ese espacio oscilante, de gozne entre realidades poéticas voluntariamente un tanto aisladas, que le otorgan autonomía gracias a la administración de un arsenal retórico breve, pero de enorme densidad simbólica, nacido de una fundamental conciencia existencial⁵. Este universo marcado por una derrota lúcida, encantada, produce un universo de rumorosa música que no deja de ofrecer múltiples sentidos para la conciencia de un lector avezado y se convierte en forma de resistencia frente a la vulgaridad de un tiempo complacido en aplanar la diversidad de lo real. Poesía elevada sobre los amplios confines de un mundo que desea escapar de la achatada repetición cansina, de la expresión adocenada y fácil, y que percibe, al mismo tiempo, la frágil condición de su intento, su expulsión de un paraíso de certezas, pero, aun así, encontrando la belleza en la propia conciencia de su carácter perecedero. Ascética búsqueda de belleza que se consigue con dolor; flecha encendida del poema, intención acerada de esta obra memorable.

Bibliografía

Mutis Durán, S. (2009). “Todo nos será negado (Un acecho a la poesía de Giovanni Quessep”. En Quessep, G. *Érase mi alma* (Antología). Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, pp. 15-19.

Quessep, G. (1993). *Antología poética*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

_____ (2000). *Libro del encantado* (Antología). México: Fondo de Cultura Económica.

_____ (2007). *Metamorfosis del jardín: poesía reunida (1968-2006)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.

_____ (2009). *Érase mi alma* (Antología). Medellín: Universidad de Antioquia.

⁵ “Hay también en Quessep una fuente de pureza romántica, pero con la lucidez de quien intuye que todo paraíso le está negado al hombre. Se arrojaría al mundo si creyera útil el desafío. Su ciudad interior es su derrota, y canta, solo, el imposible al que han renunciado estos malos tiempos, como todos, que se conforman con lo que no debieran y se exhiben satisfechos” (Mutis Durán, 2009: 16).

Reyes Peñaranda, H. (1993). "Poesía y poética de Giovanni Quessep". En *Giovanni Quessep. Antología poética*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, pp. 15-38.

Torres Duque, O. (1992). *La poesía como idilio: la poesía clásica en Colombia*. Bogotá: Colcultura.

Vélez, Nicanor (2007). "Del exilio al arraigo: la poesía de Giovanni Quessep". En Quessep, G. *Metamorfosis del jardín: poesía reunida (1968-2006)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 7-48.

Zagajewski, Adam. (2005). *Deseo*. Barcelona: Acantilado.